Insuficiencia de Mando
Autor: Manolo Campa

Con convicción me atrevo a decir que conozco bien a la que es mi esposa. Hemos convivido durante más de medio siglo. El tiempo, ese gran maestro, me ha enseñado a apreciar sus virtudes y restarle importancia a sus pequeños defectos. Hago esta aclaración para darle validez al siguiente diagnóstico: Mi mujer padece de "insuficiencia de mando".

Analicemos el caso: Hace algunas décadas ella tenía a su cargo resaltar la belleza, el porte de sus tres hijas, dos rubias y una trigueña… y de dos perras, una negra y otra carmelita. Enseñó a las hijas las mañas de los peinados de la época y el arte de vestir combinando los colores de blusas, sayas, zapatos y carteras. Las perras no escaparon a sus mezclas de tonalidades compatibles: La negra lucía un collar de metal plateado y la de color carmelita, uno rojo de piel adornado con remaches dorados como las monturas de los caballos de los charros mexicanos.

Ella disfrutaba la administración de la elegancia femenil y perruna. Se sentía realizada como madre orientadora y engalanadora de animales domésticos. Pero durante el transcurso de los años las perras quedaron en el rincón de los recuerdos al cumplir sus términos de vida y las hijas se casaron e iniciaron en sus propios hogares sus esferas de mando. Mi mujer, la gran rectora de nuestro hogar, estaba en "lay off", quedó cesante… se empezó a sentir descolocada.

Pero ella no aceptaba que su experiencia estuviera inactiva, desperdiciada. A su alcance tenía un personaje que podía, y debía, conducir por los senderos de la elegancia. Según ella: Por lo general este señor lleva el cabello en desorden. El colorido de la ropa que viste y el estado de los zapatos que calza, mueven a risa, dan pena. Parece un payaso de un circo de poca monta. En ese sujeto ella volcaría todo su arte para darle un aspecto mejor.

El personaje mencionado en el párrafo anterior soy yo. Me gusta recorrer y hacer trabajos en el patio de mi casa. La brisa me vigoriza y como es lógico me arremolina el cabello, lo cual disfruto. Para las tareas de todos los días: recoger las hojas que caen sobre la hierba, regar las plantas que están en macetas o canteros, mantener el automóvil limpio por dentro y brillante por fuera, más otros quehaceres de la invención de mi esposa, visto ropa cómoda sin tener en cuenta que sus colores armonicen.

Intentando revivir su autoridad de entonces, cuando salimos a visitar a los nietos o a los amigos, me estudia de pies a cabeza para aprobar o desaprobar el vestuario que llevo. Con prepotencia de sargento de reclutas me pide que me persone ante ella con mi peine para arreglar mi descuidada cabellera. Como esto no me agrada, me hago el sordo, como hacía el menor de nuestros hijos cuando no quería obedecernos.

El pasado Día de los Enamorados, mi “Valentine”, tratando de modernizarme, me regaló ropa interior de colores. Eran prendas de tenues tonos de azul, verde, amarillo, hasta hace poco reservados para las prendas interiores del sexo bello. Soy de una generación de hombres que solamente vestimos camisetas y calzoncillos blancos. Me atreví a ponerme el diminuto calzoncillo azulito y la camiseta que le hacía juego… ¡Qué mamarracho! Me desvestí con la mayor premura. Les digo por qué: En un cuchitril que visité durante mi alegre soltería, se presentaba bailando vestida con poca ropa color azul pastel, una bailarina a la que llamaban “la pizpireta de la calle Zanja”. Cuando me situé frente al espejo, espantado me pareció estar viendo al “pizpireto de la calle 33”.

EN SERIO:

El mundo de hoy necesita hombres y mujeres, entusiasmados por el Espíritu Santo, capaces de darle un nuevo rumbo. Para transformar nuestro mundo de salvaje en humano hacen falta muchos que tengan el modo de ser de Cristo y la manera de amar de Dios. Para “renovar la faz de la tierra” se necesitan seres dispuestos a poner en juego sus talentos.

La llave para recibir los beneficios del Espíritu Santo es mantener abiertos y receptivos nuestros pensamientos, actitudes y sentimientos. Al abrir nuestras mentes y nuestros corazones las riquezas del Espíritu se manifiestan a través de nosotros de muchas maneras: como energía y vitalidad, como renovado deleite por la vida y el vivir, como provisión ilimitada de ideas creadoras, como contento y satisfacción interiores.

Cuando el Espíritu Santo nos llena con sus dones, la vida y la vitalidad se mueven más activamente en nosotros. La vitalidad es la expresión de la vida en alto grado. Le sacamos mayor provecho a las habilidades que Dios nos ha dado.

Utilicemos la maravillosa facultad del entusiasmo para expresar el Espíritu de Dios dentro de nosotros. El entusiasmo produce felicidad y gozo; nos ayuda a realizar los deseos que brotan del corazón. Sintamos entusiasmo por la vida y con entusiasmo busquemos nuestro desarrollo personal. Alegrémonos por el éxito, la felicidad y los logros de los demás.

“Cada uno tiene su propio don de Dios.” Quienquiera que seamos, dondequiera que estemos, somos necesarios y algo podemos dar. Tenemos algo que compartir y algo nuestro que sólo nosotros podemos ofrecer, que añadir al mundo en que nos ha tocado vivir. Se generoso. Da tu talento, tus experiencias, tu cansancio.